

Palabras para el 50vo Aniversario de la Promoción 1976 del Colegio Central Universitario
(c) Adrian Gambier

Sra. directora del Colegio Central Universitario, Dra. Ana María Graffigna; autoridades de la UNSJ; autoridades del Colegio Central; docentes y exdocentes del colegio; alumnos y exalumnos del colegio; amigos de la promoción 2001; público en general; queridos excompañeras y compañeros de la promoción 76.

En primer lugar, deseo agradecerles a ustedes, y en particular a Luis Fernández, por la confianza depositada en mi para expresar estas palabras en nombre de ustedes. Espero estar a la altura de las expectativas, y que puedan hacer suyas mis palabras.

Debo confesarles que desde el momento en que se cristalizó el hecho de que yo hablaría aquí en nombre de ustedes he estado trabajando en lo que iba a decir, puliendo las palabras, sacándole brillo, hasta dejarlas “picco bello”. Y eso fue así hasta la semana pasada que regresé al colegio después de tantos años, que, por supuesto, son bastante menos de 50.

Sucede que al traspasar el umbral de la puerta me vi transportado al año 1974, 4to año, clase de lengua y literatura con la Sra. de Otazú, leyendo “Juvenilia” de Miguel Cané. Para los que ya no se acuerdan, en ese libro el autor relata su regreso al Colegio Nacional Buenos Aires ya de adulto y recuerda con nostalgia y cariño sus años de alumno. Yo tardé 52 años en entender el mensaje en su plenitud y en captar en el corazón la nostalgia y el cariño con que escribe el autor.

Así que el mensaje que tenía preparado quedó completamente extemporáneo, fuera de contexto, listo para debutar en la papelera. Y ahora estoy aquí frente a ustedes tratando de transmitirles de una forma informal pero emotiva ese estado de cariño y nostalgia que vivo yo desde hace unos días.

Porque el Colegio Central era, y es mi casa. Corría el 1965, acababa de llegar de Mendoza porque mi papá tenía un nuevo trabajo, y cursaba el 1ro. Superior (a los menores de 65 pregúntenle a un viejito mayor de 70 que era esa excentricidad del 1ro superior). Los sábados a la tarde se solían reunir en el patio de la casa de mis padres el secretario académico de la universidad provincial Sarmiento, el decano de la Facultad de Humanidades, y un grupo de personas, algunas de las cuales yo vi luego muchas veces caminando por las galerías del colegio. Un día pasaba yo cerca de ellos con una pelota debajo del brazo y escucho a mi papá decir con cierta vehemencia “tenemos que hacer un buen colegio porque ahí voy a mandar a mis hijos”. Eso me despertó miedo porque me acababan de cambiar de provincia, de escuela, de maestra y de compañeros, y ya hablaban de cambiarme otra vez. Mi mamá, que estaba en ese grupo, adivinó mi pensamiento a la distancia y me calmó con una seña, “tranquilo, no pasa nada”. Ese decano era Daniel Zalazar, mi padrino, el secretario académico era mi papá, y seis años después de eso estaba yo con mi mamá en un cuarto aquí en la entrada llenando la inscripción a primer año. En esa época se acostumbraba a rendir el examen de ingreso en varios colegios para asegurarse la entrada en alguno. No fue mi caso, yo caí de cabeza a todo o nada, aquí en el colegio.

Todas las profesoras y profesores de matemáticas recibidos en el Instituto del profesorado de Enseñanza Secundaria (hoy facultad de filosofía) había sido alumnas de mi papá en una asignatura muy difícil para los matemáticos: filosofía. Primer día de clase, y la pregunta inevitable “¿es Ud. algo del Prof. ...?” y entonces “ah él fue profesor mío, pero tranquilo que no me voy a vengar”.

La Sra. de Tomba, profesora de biología en 1er año, a nosotros nos daba botánica, pero en realidad era profesora de filosofía, compañera de estudios de mi papá en Mendoza, y colega de él en la facultad. La Sra. de Mendoza, profesora de música (que le decíamos Cuyito porque se llamaba Mendoza, vivía en la calle San Luis de la ciudad de San Juan), otra colega de mi papá. También estaba el Prof. Navarro de Historia del Arte y Artes Plásticas, pero él ya me conocía de antes porque me había visto muchas veces en la casa de mi tío Julián Tornambé, un pintor sanjuanino de aquella época. Ahora hay un museo que lleva su nombre en la Av. Libertador.

Y en tercer año, estábamos en un aula de cartón prensado al fondo de la galería a la izquierda, al lado había una salita de profesores. Clase de Lengua y Literatura con Gladys Barrera. Yo ya no sé qué le hicimos, pero nos puso a conjugar el verbo “poder”, uno a uno: yo puedo, tú puedes... y sigue, pasa al pretérito imperfecto, sigue el indefinido, yo pude, tú pudiste, ... y me toca a mí,

primer banco contra la pared, que había dejado el cerebro en el recreo, y a toda voz como cantante de ópera me mando un “el pudo” ... Ella se ríe y dice fuerte “¿escuchaste Emma?”. Cinco segundos después, una cabecita se asoma por el marco de la puerta (era Emma que esperaba su clase en la salita de al lado) y me hace con el dedito (hacer seña). Y Emma era mi mamá. Una de las profesoras de Literatura del colegio. PERO SI ES QUE ME TENIAN RODEADO, ¿verdad? Tres años después de mi ingreso, llegó al colegio mi hermana Rosa, y algunos años más tarde mi hermana María Inés (más conocida como “la Chacha”), que pasaba más horas en la cancha de vóley que en el aula. Entonces, ¿cuál era la diferencia entre estar en casa o en el colegio? Si era casi lo mismo. Por todo esto digo que el colegio era y, de alguna manera sigue siendo, mi casa. Éramos un colegio nuevo, pequeño y pobre. Pero éramos re-orgullosos, duros, aguerridos. En los intercolegiales le dábamos guerra a todos. Y el colegio nos daba permiso e íbamos todos a gritar como desahogados a la cancha. Teníamos el equipo de básquet con el Hugo Masciadri, el “Petizo” Guzman, el negro Montenegro. El de vóley con el “Chorizo” Gurrero, Marcelo Castro, “Rolo” Carbajal. En atletismo con Emilio Sancasani, el “Petizo” Saenz, el “Turco” Nacif Ahún, Juan Carlos Elizondo. Nunca pudimos salir campeones, pero siempre estábamos ahí, 2dos, o 3ros. La peleábamos siempre hasta el final. Los listillos de la Escuela Industrial y de la Escuela de Comercio, y por supuesto los del Colegio Nacional, no nos tenían miedo, pero sí respeto porque si se descuidaban les ganábamos. Y les ganamos muchas veces.

Fíjense que 6 años no son casi nada en la vida de una persona, pero como será que “esos” seis, nos marca a fuego que aún hoy, 50 años después, todavía los recordamos y estamos aquí hablando de eso. Entramos casi niños, salimos casi adultos. Todos con sus dramas, miedos, nervios, alegrías y llantos, los primeros amores, las primeras desilusiones, estrés, oh las pruebas de madurez, que después necesitábamos tres meses de vacaciones para superar el estrés postraumático :). Pero todo valió la pena.

Y eso que nos tocaron años muy duros de la historia del país. Entramos con una dictadura, tuvimos una efímera efervescencia democrática, pero si hasta se murió el presidente en ejercicio, el Gral. Peron. Y cuando ya nos íbamos, llegó otra dicta-muy-dura con la que se terminó toda efervescencia. Guardapolvo impecable, corbata bien puesta, afeitados, cabello corto, y a la escuela solo a estudiar. Cesantearon docentes. Hay al menos un exalumno desaparecido y un exalumno fallecido en un enfrentamiento con el ejército.

Pero así y todo fueron 6 años fantásticos.

Y aquí quiero hacer un alto y regresar al presente, para darle un feedback al colegio y a los docentes. Yo he tenido la oportunidad de conocer muchos sistemas educativos dentro y fuera del país. Y debo decir con honesta humildad que la formación que a mí me dieron en el colegio es una de las mejores que he visto. Los ingenieros tienen fama mundial, y bien ganada, de ser unos "cascotes" en todo lo que no sean las ciencias duras. Y en esa comunidad yo destaco por ser un poquito menos "cascote". Y eso es mérito del colegio y sus docentes, y por eso les estoy eternamente agradecido. A los docentes de hoy, que son los que mantienen el prestigio del colegio y continúan con su legado. ¡Gracias! Porque si el prestigio del colegio se hubiera diluido con los años, el prestigio nuestro también se habría ido.

A los alumnos de hoy. Aprovechen el colegio, sáquenle el jugo, este es el momento. Hagan todas las salvajadas que hicimos todos, pero además estudien. Lo que aprendan ahora los va distinguir para siempre. La vagancia de ahora es la penuria del futuro. Sepan que estos son los años más dulces que van a tener. Después de esto, como diría mi abuela, y con perdón por la palabra tan poco académica, se termina la joda y comienza el joderse, y dura para siempre.

A mis excompañeros y compañeras. Primero que nada, un abrazo al cielo a los que ya no están, Silvia González, Gerardo Gil, Humberto Guarneri, Alberto Molina y Arturo Villafañe. Fue muy duro para mí irme enterando que ya no los iba a encontrar acá. A los que si están, presentes y no presentes, les cuento que he hecho un paquete con todos los recuerdos (alegrías, lágrimas, risas, peleas, todo) y me lo he asignado como regalo de ustedes y lo atesoro en mi corazón como un cofre de recuerdos. Así que gracias por esos 6 años maravillosos de convivencia diaria. Y solo me queda decirles: cuidense, bajen el colesterol, controlen la presión sanguínea hagan pilates. ¡Porque espero

verlos aquí de nuevo para un hecho único e histórico que es... el 75 aniversario de la gloriosa promoción 76!
A todos... muchas gracias por su atención.